

VI.

BAUTISMO FORZADO DE LOS MOROS.—ORIGEN DE LOS MORISCOS.—FUERO DE MOROS EN VALENCIA.

Con la rendición de Granada y la estensa y solemne capitulación que Isabel y Fernando concedieron á los moros quedaron estos asociados en cierto modo á la nacionalidad española, empero conservando terminantemente su religion y sus leyes, sus trages, usos y costumbres. En el mismo dia 5 de enero, en que hicieron su entrada solemne en Granada los Reyes Católicos, empezó ya á violarse su capitulación. Un caballero, don Pedro García de Avila, apartándose de la régia comitiva, y penetrando en lo interior de la ciudad, se abandonó á los mayores excesos contra los míseros vencidos. Quejáronse éstos, y el rey Fernando pronunció contra él la pena de muerte; pero su sentencia no se ejecutó, y el cul-

MORISCOS.

3

pable continuó al servicio de la reina, y disfrutando de su favor.

En el mismo 5 de enero se apoderaron los reyes de la mezquita de Attaybin, una de las principales, y la hicieron consagrar al culto cristiano, bajo la invocacion de *San Salvador*.

Mostraba Isabel el mayor ardor por la estension de la fé, y aunque el rey don Fernando no era menos piadoso, templaba su celo la prudencia. Ya años antes, cediendo á las exigencias del clero y al espíritu intolerante de sus pueblos, habian establecido en 1480 en Sevilla, en virtud de autorizacion del papa Sixto IV, para reprimir el incremento y audacia de los judíos, contra los que se alzaba un clamor general, el tribunal de la Inquisicion, existente ya en Francia y en Italia, y cuya fundacion pretenden algunos hacer subir al concilio de Verona en 1148, en el que se mandaba á los obispos que por sí, ó por medio de sus delegados, *inquiriesen* todas las personas sospechosas en la fé, para castigarlas primero espiritualmente, y luego con penas temporales si esto no bastaba.

Los Reyes Católicos establecieron en España la Inquisicion, tribunal que destruyó por largo tiempo la felicidad de los pueblos, que sofocó el genio y las luces bajo un odioso despotismo. El establecimiento de la Inquisicion encontró grandes obstáculos principalmente en Aragon. Asesinaron en Zaragoza en el mismo templo á un inquisidor para aterrar á los de-

más. Todo fué en vano: el nuevo establecimiento, dirigido en un principio contra los judíos y los moros, era demasiado conforme á las ideas religiosas y de intolerancia de la mayor parte de los españoles, para no triunfar de estos ataques. El título de familiar de la Inquisicion, que llevaba consigo la esencion de los cargos municipales, fué de tal modo solicitado, que en ciertas ciudades sobrepujaba el número de los familiares al de los habitantes, y las Córtes tuvieron que poner órden en la concesion de esos títulos. Hasta los mismos grandes, tan altivos, y que mas de cien veces habian hecho temblar á los reyes, se honraban con los oficios mas viles de este tribunal sangriento de la Fé, y contaron entre los dictados de su grandeza, el de alguacil de este tribunal!.. Cuando una nacion se halla asi preparada no hay que maravillarse de cómo ha podido existir el tribunal de la Inquisicion, y verificarse esas espulsiones en masa de millares de sus mas industriosos habitantes, dejando en gran parte despoblado su suelo, yermos sus campos, y arruinada su industria.

Esta intolerancia, encarnada en el carácter español, hizo que algunos prelados y altos personajes, con indiscreto celo, tratasen de persuadir á los Reyes Católicos, que prescindiendo de la capitulacion solemne, del decoro debido á sus promesas, de la fé jurada, obligasen á los moros de Granada inmediatamente á aceptar el bautismo ó á vender sus bienes y emigrar al Africa.

Debatióse en el consejo de la reina este proyecto, cuya sola enunciaci6n era un insulto á la lealtad de aquella cat6lica princesa; y el célebre dominico fray Tomás de Torquemada, primer inquisidor general, y que tambien habia sido confesor de Isabel, se mostró en él el defensor inesperado de la libertad de cultos. Torquemada sabia por el ejercicio de sus terribles funciones que toda conversion impuesta por mundanales motivos, solo sirve para hacer apóstatas, y perpetuar con las generaciones la hipocresía sacrílega de los padres.

Los Reyes Cat6licos, que habian agotado en la larga guerra de diez años contra Granada los recursos todos de la España; se determinaron á no romper del todo y de pronto las capitulaciones, sabiendo que la primera violacion de los tratados engendra otras, y que asi la capitulacion de Granada se iria con el tiempo rasgando artículo por artículo, y que para ejecutar inmediatamente aquel proyecto á que se inclinaba mucho el ánimo fervoroso de la reina Isabel; se hubieran necesitado mas hombres y dinero que para la conquista de Granada. Organizados, armados todavía se hallaban los moros en las Alpujarras; con su rey Boabdil, que podia volver á ponerse á su cabeza, y que al verse atacados en el sagrado de la conciencia se hallarian mas firmes que en los tiempos en que el amor á la patria y el temor á la servidumbre no les habian impedido destrozarse entre sí.

Para acallar las exigencias de los prelados, para contentar en algo la impaciente intolerancia de algunos magnates, y halagar el fanatismo de las masas, tal vez para hacer un ensayo, se dió el 30 de marzo de aquel mismo año de 1492 en Granada un edicto que mandaba á los judíos que saliesen de España en el término de tres meses, bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes, con prohibicion expresa de que se llevasen el oro y la plata. Ciento setenta mil familias que componian la poblacion de ochocientas mil almas, vendieron apresuradamente sus bienes y huyeron á Portugal, á Italia, á Africa y hasta Levante. Entonces se vió dar una casa por un caballo, una viña y un olivar por un pedazo de tela ó de paño.

Esta espulsion fué el primer golpe terrible que llevó la poblacion y la industria de España.

Los reyes creyeron sin faltar á las capitulaciones de Granada erigir en aquella ciudad un arzobispado para los nuevos habitantes cristianos del territorio conquistado y para la conversion de los moros, dando la reina Isabel aquella silla á su confesor fray Hernando de Talavera, obispo de Avila. Granada habia tenido antes de la invasion de los moros una silla episcopal. Los Reyes Católicos encontraron en su restablecimiento un medio político de unir los moros al resto de la España por la religion cristiana. Rehusaron obligar á los moros por la violencia á hacerse cristianos, respetaron sus

usos, y hasta les dejaron vestirse de seda cuando á los súbditos de Isabel, para combatir el lujo que dominaba en aquella época, se les prohibía usar de aquella clase de vestidos. El establecimiento de un obispado católico fué en Granada el establecimiento de una *mision* pacífica.

Fernando é Isabel tuvieron que marchar á Cataluña, donde les llamaban negocios políticos interesantes con la Francia, y dejaron la noble *mision* de conservar su conquista á don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, que se habia mostrado protector decidido de los moros como capitán general; al nuevo arzobispo fray Hernando de Talavera, y para la estricta observancia é interpretacion de las capitulaciones á Fernando de Zafra, su secretario.

Nacido en humilde condicion en Talavera el fraile Gerónimo Hernando, habia llegado por su virtud y por su sabiduría á ser confesor de los Reyes Católicos y obispo de Avila. Unido con el conde de Tendilla formaba con este noble caballero, segun la expresion de un cronista de aquella época, un alma en dos cuerpos. Como cristiano y como obispo miraba al bien espiritual de las paises nuevamente conquistados. La conversion de los moros era todo su anhelo, el objeto supremo de sus deseos. Aunque de edad avanzada aprende él mismo el árabe, recomienda al clero su estudio, hace traducir á este idioma el Nuevo Testamento, la liturgia y el Catecismo,

para que sirvan de base á la instruccion que quiere dar á los moros. Distribuye entre ellos sus rentas, y la pureza de sus costumbres: su angelical dulzura atrae poco á poco á Jesucristo el pueblo conquistado. El número de los nuevos cristianos crecia de dia en dia, y nadie era mas amado en Granada que el *gran Alfaqú* de los cristianos, como llamaban los moros á Talavera.

Apoyaban los reyes esta mision con las ventajas que concedian á los convertidos. Siete años pasaron tranquilos y felices para los moros de Granada, en que los tres nobles varones Tendilla, Talavera y Zafra que allí habian dejado los Reyes Católicos, cimentaban la paz entre dos pueblos rivales que siempre se habian odiado, y que comenzaban ya á deponer sus antiguos odios.

Al salir de las Cortes de Ocaña los Reyes Católicos fueron á Granada en setiembre de 1499 para ver con sus propios ojos aquel pueblo que siete años antes habian sometido. Llevaron consigo al arzobispo de Toledo, el célebre fray Francisco Jimenez de Cisneros, á quien la reina Isabel habia confiado la direccion de su conciencia al separarse en Granada de su santo confesor fray Hernando de Talavera.

Cisneros era uno de esos caracteres extraordinarios que raras veces se presentan en la escena del mundo. Hijo del pueblo se consagra á la carrera eclesiástica; prefiere á los altos empleos á que puede aspirar, la oscuridad de un cláustro y toma el hu-

milde hábito de Francisco de Asís. La austeridad de sus costumbres y su talento llaman la atención de Isabel, que sabía distinguir todo lo grande, y lo elige para confesor. En vano se resiste, cede, pero conserva en medio de la corte la dureza de su carácter, la severa austeridad de religioso. Nombrado arzobispo de Toledo, la dignidad mas alta de la Iglesia entonces despues del pontificado, la recibe despues de rehusarla, porque el papa le compele á ello. Mientras mas trata de aislarse, mas estudia los intereses y las miras humanas, y domina con su talento las pasiones de los hombres sin tomar sus costumbres. Ministro de Isabel y de Fernando, despliega aunque con dureza en el gobierno talentos superiores en la administración, fidelidad incorruptible, desinterés y espanolismo puro.

Al marchar los Reyes Católicos para Sevilla, en noviembre del mismo año de 1499 dejaron en Granada á Cisneros para que ayudase al piadoso Talavera en la santa mision de convertir á los moros, recomendando á los dos prelados la continuacion de su sistema de mansedumbre adoptado por Talavera. Antes Jimenez de Cisneros habia hecho dar la ley de 31 de octubre de 1499, ley cuya moderacion ha sido elogiada por todos y en la que se prohibia á un moro desheredar á su hijo por haberse convertido al catolicismo señalando dotes á costa del Estado y de los bienes procedentes de la conquista de Granada á las doncellas moras que se convirtiesen á la fé de

Cristo. También se mandaba rescatar á costa del erario público á los esclavos moros convertidos.

En cuanto salieron los reyes de Granada, tomó Jimenez de Cisneros una autoridad absoluta. No dice la historia con qué título. Si fué una usurpacion, el crédito que gozaba con los reyes y en el pueblo, basta para explicar como nadie se le opuso. El arzobispo Hernando Talavera consintió con tanta mas voluntad quanto que lo único que le interesaba era el honor de Dios, la salvacion de las almas y no su autoridad esclusiva en su diócesis. El arzobispo de Toledo mas enérgico, menos tolerante que el de Granada, comenzó la conversion de los moros por los mismos medios que tan buen resultado habian dado á Talavera, empero pervirtiéndolos para darles una accion mas pronta. Llamó al palacio de la Alcazaba á los principales alfaquíes ó sacerdotes moros, asi como á sus sábios promoviendo con ellos conferencias religiosas, dejándoles entrever los favores del gobierno si abrazaban el cristianismo y sus rigores si persistian en conservar la fé de Islam. Para acrecentar la influencia de sus palabras hacia á los mas sensuales ricos regalos de telas y vestidos de púrpura y de seda á la usanza mora, ó de muebles y trages al estilo español. El arzobispo, Jimenez de Cisneros, á pesar de las cuantiosas rentas de su obispado, no pudo sostener tanta generosidad sin hipotecar para muchos años despues las rentas de su mitra. Ensalzábase con entusiasmo la pródiga generosidad del prelado de To-

ledo. La conversion de un gran número de alfaquíes arrastró tras sí la de muchísimos moros que á porfía enviaban aquellos á Cisneros para merecer mas grande recompensa, siendo tanto el número de prosélitos que se hicieron de este modo, que en un solo dia, el 18 de diciembre de 1499, bautizó Cisneros en la iglesia del Salvador á cuatro mil personas.

Como en las grandes misiones Cisneros confirió este sacramento, no por ablucion, sino por aspercion, y datando orgulosamente desde este dia la conversion de Granada, instituyó anualmente una festividad en su memoria, que se celebraba en Toledo y en Granada al mismo tiempo que la de la de la espectación al parto de la Virgen María. En poco tiempo una parte considerable de Granada adoptó el cristianismo, y comenzó á presentar un exterior enteramente cristiano. Entonces comenzó á dejarse oír el sonido de las campanas, prohibido á los sarracenos bajo pena de multa, y el arzobispo Jimenez de Cisneros, á quien se atribuia esta mudanza, fué llamado por los moros el *alfaquí campanero*.

Semejantes resultados habian necesariamente de provocar una reaccion de parte de los moros mas fervorosos. Mientras algunos alfaquíes abandonaban así la causa del profeta, otros, y con ellos las personas mas distinguidas, viendo con profundo dolor la ruina de que se hallaba amenazada la fé de sus padres y queriendo impedir la desercion de los suyos al cristianismo, trataron de predicar al pueblo la fidelidad

al culto de Mahoma. Las predicaciones de los doctores de la ley musulmana, se hallaban prohibidas por las leyes de Castilla, en la ley segunda, título veinticinco, libro sexto de la séptima Partida. Granada se hallaba, sin embargo, bajo un régimen excepcional. Al capitular no habian comprendido fuese prohibido á sus sacerdotes afirmarlos con su palabra en la fé de Mahoma. Trataron, pues, de oponer tribuna á tribuna. Cisneros, cuyo genio no se arredraaba ante ningun género de oposicion hizo encarcelar á los que levantaban mas alto la voz. Pasando con indiscreto celo los límites del tratado entre la corona y los moros, hizo instruir por fuerza á los presos en la fé cristiana por medio de sus capellanes, tratando con severidad á los que se resistian. El zegrí Azaator, rico y altivo moro de los que mas se habian distinguido durante la guerra, descendiente de la célebre familia de Abenhamar, tan celebrada por los poetas, y que gozaba de gran consideracion entre los suyos, fué encerrado en un calabozo, y el encargado de su conversion, Pedró Leon, capellan del arzobispo, lo trató cargándolo de grillos, y haciéndolo ayunar de tal modo y con tal rigor que, depuesta su arrogancia, con humildad mas ó menos verdadera, pidió el bautismo, y haciendo alusion al nombre del que le habia catequizado, decia que Cisneros no tenia mas que soltar su *Leon*, y en pocos dias quedaria convertido el moro mas obstinado. El zegrí, que en el bautismo recibió el nombre de Gonzalo de

Fernandez, en memoria de un combate que habia tenido antes en los llanos de Granada con Gonzalo Fernandez de Córdoba, se mostró toda su vida un celoso defensor de la religion cristiana. Se unió con fidelidad inviolable á Jimenez de Cisneros y el arzobispo le empleó en una multitud de negocios, que exigian un celo ardiente y consumada prudencia. El ejemplo del zegrí y sus palabras causaron sensacion tan profunda, que muchos se apresuraron á abrazar el cristianismo. Estos resultados hicieron concebir á Jimenez la esperanza de estirpar muy pronto el islamismo en Granada.

Desdeñó los consejos de los que menos impacientes querian aguardar del porvenir la victoria completa de la fé. Creyó que tardar y aguardar, era hacerse culpable con los moros de la condenacion de sus almas. Quiso con un solo golpe anonadar el islamismo. Hizo quemar en medio de la plaza pública de Bivarrambla cuantos libros árabes pudo recoger de las bibliotecas públicas, de las librerías particulares, y los que le habian entregado los alfaquíes, sin tener en cuenta que algunos eran preciosos monumentos de caligrafia, maravillas de pintura, y prodigios de encuadernacion. Solo se salvaron de las llamas trescientas obras de medicina, que mas tarde fueron depositadas en la universidad de Alcalá.

Asi perecieron en un solo dia los tesoros intelectuales de toda una nacion. Desde entonces no pudo un moro granadino transmitir á la posteridad el menor

dato de las cosas de su tiempo. El mas sábio de los orientalistas, *Conde*, dice que fueron ochenta mil los volúmenes incendiados, siendo muy sensible que esta accion, comparable con la del incendio de la biblioteca de Alejandría por el califa Omar, no hubiera sido esta vez cometida por un bárbaro ignorante, sino por uno de los mas grandes amigos de las ciencias, y esto precisamente en los momentos en que con sus propios recursos alzaba una nueva universidad en Alcalá de Henares....

Enconáronse los ánimos en los moros que se sentían humillados y proclamaban en alta voz que se faltaba á las promesas reales, á los privilegios que se les habian concedido. Creció este odio con los medios que desplegó Cisneros, que se habia hecho conferir poderes especiales por el inquisidor general fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, sucesor del célebre Torquemada, contra los renegados y sus hijos, á quien los moros llamaban *elches*. Creia que por ser hijos de renegados cristianos podía reclamarlos por fuerza la Iglesia; y por otra parte les hacian arrebatarse sus hijos para educarlos en la religion cristiana contra la voluntad de sus padres. Atesorábase el odio en el corazon de los moros; debía estallar de un momento á otro.

Dos familiares del arzobispo Cisneros, de los que diariamente prendian y maltrataban á los moros, fueron un dia al Albaycin para conducir á la cárcel á una jóven sirvienta, á una *elche*. A los gritos de

aquella desgraciada corre á salvarla un grupo de moros; las contestaciones insolentes de los familiares irritan mas los ánimos; el uno de ellos salva su vida ocultándose; menos afortunado el otro, cae aplastado bajo el peso de una piedra que sobre él lanzan desde una ventana.

La muerte del alguacil fué la señal de la insurreccion de todo el cuartel del Albaycin, cuyas cinco mil casas habitaban esclusivamente los mahometanos. Corrieron á las armas, y reforzados por los moros de los otros puntos de la ciudad, se precipitaron en gran tumulto hácia la Alcazaba, donde habitaba Cisneros, para acabar con el opresor de su libertad y sus agentes. Algunos dias antes aquellos mismos moros quizá habian celebrado su generosidad por aquellas mismas calles que atravesaban entonces rugiendo y sedientos de su sangre. El arzobispo Cisneros mostró una heroica serenidad que revelaba su carácter. A los que trataban de llevarle por un camino secreto á la ciudadela de Granada, la célebre Alhambra, contestaba que *aguardaria en su puesto la corona del martirio y que jamás abandonaria á los que habia comprometido*. Animó con su ejemplo á sus gentes á una valerosa resistencia, y arregló con prudencia y con la mayor calma los preparativos de la defensa de su casa. Logró resistir á los asaltos del pueblo durante toda la noche. A la mañana siguiente, al amanecer, el noble conde de Tendilla trajo de la Alhambra dósientos arqueros que salvaron al arzobispo

del peligro llevándosele á aquella fortaleza. Sin embargo, duro nueve dias todavía la revuelta.

El conde de Tendilla veía el peligro que habia en contemporizar y la imposibilidad de obrar en que se hallaba. Despues de haber calculado sus fuerzas, creyó prudente parlamentar. Envió en señal de paz al Albaycin el escudo de sus armas con un mensagero: Hirieron al mensagero y apedrearon el escudo. Atrincherados en los puntos en que en otro tiempo en las guerras civiles Boabdil había desafiado á su padre y á su tio, se creian dueños de dictar sus condiciones. Improvisaron un gobierno con cuarenta gefes para dirigir el movimiento con órden. El verdadero rey de Granada era entonces Cisneros; hizo llamar de nuevo á los alfaquies y trató de calmar con amistosas palabras á la muchedumbre. La conmocion no se aplacaba. Entonces el arzobispo fray Hernando de Talavera hizo una tentativa tan feliz como peligrosa. Fiado en el prestigio de su nombre se presentó en medio de las enfurecidas turbas de los moros, acompañado de un solo capellan que llevaba delante de él la cruz arzobispal. A imitacion del papa San Leon saliendo al encuentro de Atila, entró á pie en el cuartel de los sublevados infieles con el aire tan tranquilo y sereno cual si fuese á predicar las verdades de la fé á hombres deseosos de su salvacion. La vista de un prelado tan afable, tan generalmente querido, aplacó inmediatamente el furor de aquellas gentes irritadas agrupándose las masas en derredor del san-

to alfaquí de los cristianos, para besar con reverencia la orla de sus vestiduras.

Aprovechó el conde de Tendilla aquella momentánea calma en medio de un furioso huracán, para presentarse también ante la muchedumbre, cual un mensajero de paz para mostrar sus benévolas intenciones. Al llegar á la plaza arrojó al pueblo su gorro de grana: el pueblo le contestó con una aclamación de inmensa alegría. Aquellos dos hombres populares hicieron ver entonces á los moros lo inútil de su empresa contra todo el poder de España, y que solo podía ser origen para ellos de calamidades, mientras que si se sometían inmediatamente; emplearían el conde y el arzobispo toda su influencia para hacer ver que solo se habían alzado en favor de las reales promesas; y para prueba de la sinceridad de sus intenciones, el conde dejó en rehenes en el Albaycín, su esposa y sus dos hijos pequeños.

El pueblo quedó sosegado y tranquilo, y el cadí Cidi-Ceibona dió una satisfacción á los gobernadores cristianos, mandando demoler las barricadas y entregando á cuatro de los culpados en el asesinato del familiar del arzobispo, los que fueron brevísimamente juzgados y ahorcados.

Gran disgusto recibieron los Reyes Católicos al saber las noticias de Granada: creían ver perder el fruto de tantas sangrientas guerras, del trabajo de tantos años; empero Cisneros marcha á Sevilla y defiende sus actos con tanta elocuencia y habilidad, que no

solamente merece la aprobacion de la reina Isabel, sino sus elogios redoblando el favor que dispensaba á su confesor. Entonces, por consejo suyo se mandó á Granada un juez comisario, para proponer á los habitantes del rebelado cuartel la alternativa de recibir el bautismo ó ser castigados como culpables de alta traicion: El resultado de esta medida en que se hollaba abiertamente la fé de los tratados, fué que casi todos los moros de la ciudad y de los alrededores de Granada pasaron al cristianismo, algunos huyeron á Berbería, y otros fueron á encastillarse en las ásperas cumbres de la Alpujarra, declarándose en rebellion abierta y tremolando el antiguo pendon de sus reyes: para defender la creencia de sus antepasados.

Ni los ruegos ni las promesas del capitan general, ni del arzobispo Talavera, ni los rehenes tan caros á su corazon que habia entregado á los moros heroicamente el conde de Tendilla, pudieron doblegar tan inflexible tenacidad de Isabel y de Fernando, que contrastaba con la admirable moderacion, el discernimiento de los moros granadinos, que devolvieron sanas y salvas á su protector las preciosas prendas de una palabra sincera pero imprudente, de lo que se

Esta conversion exterior y forzada en que Mahoma vivia siempre en el corazon de aquellos cuyos labios confesaban el nombre de Jesucristo, la miraron los Reyes Católicos como una medida política, cuyo resultado no debia esperarse de la generación presente, sino de la posteridad de esta

El nuevo y célebre historiador norte-americano Prescott, en su historia de Fernando y de Isabel, emite sobre Cisneros un severo juicio con motivo de esta conversion forzada de los moros, llamando á su modo de obrar *obra maestra de casuística monacal*, porque alegó la rebelion de los moros como un motivo justo para violar los tratados. Fundábase el arzobispo Cisneros en que los moros habian sido los primeros en violar con su rebelion los tratados, y que ningun gobierno se hallaba obligado á mantener á súbditos rebeldes las ventajas que les hubiera concedido en la condicion de una sumision pacífica y fiel.

El sultan de Egipto, de Siria y de Palestina, á quien en su conflicto habian acudido los moros de Granada viendo la opresion religiosa que pesaba en España sobre los que profesaban sus creencias, amenazó á los Reyes Católicos con represalias y con hacer abrazar el islamismo á los numerosos súbditos cristianos que tenia en sus reinos. Para precaver tamaña desgracia envió la reina Isabel al soberano musulman como embajador extraordinario, al docto Pedro Martir de Angleria, prior de la iglesia de Granada, el que desplegó tanto talento en su difícil mision, que aplacó la cólera del sultan dejando á los cristianos de sus estados en la libertad de sus creencias.

Huyeron muchos habitantes de Granada, y refugiándose en las Alpujarras, hicieron temer á los indomables hijos de las montañas igual suerte que á los de la antigua capital. Tomaron las armas, se apo-

deraron de las plazas fronterizas, y segun su antigua usanza hicieron correrías y devastaciones en las comarcas habitadas por los cristianos, sin pensar que ese era precisamente el medio de atraer sobre sí la calamidad que deseaban evitar.

Fernando é Isabel trataron de prevenir el alzamiento por medio de la siguiente carta que les dirigieron desde Sevilla:

«Don Fernando é doña Isabel, etc. A vos Alí Dordux, Cadí mayor de los moros de la Jarquia é Garbia, é á vos, cadix, alguaciles, viejos é buenos hombres, moros, nuestros vasallos de los villas é logares de la dicha Jarquia é Garbia del obispado de Málaga é serranía de Ronda, é cada uno de vos, salud é gracia. Sepades, que nos es fecha relacion que algunos vos han dicho que nuestra voluntad era de vos mandar tornar, é hacerlos por fuerza cristianos: é porque nuestra voluntad nunca fué, ha sido, ni es que ningun moro tornen cristiano por fuerza, por la presente vos aseguramos é prometemos por nuestra fé é palabra real, que no habemos de consentir ni dar lugar á que ningun moro por fuerza torne cristiano: é nos queremos que los moros nuestros vasallos sean asegurados é mantenidos en toda justicia como vasallos é servidores nuestros. Dada en la ciudad de Sevilla á veintisiete dias del mes de enero de 1500 años.—YO EL REY.—YO LA REINA.—Yo Fernando de Zafra, secretario.

Una costosa esperiencia habia hecho aprender á

os moros lo que valian las palabras de los reyes. No depusieron las armas, y el conde de Tendilla, de acuerdo con el Gran capitan Gonzalo de Córdoba que se hallaba en Granada, salió á combatir á los rebeldes, á quienes arrancó la fortaleza de Gúejar, siendo el primero Gonzalo de Córdoba, que escaló el muro. El pueblo fué entrado á saco, y dos mil trescientos esclavos fueron llevados en triunfo á Granada con los sangrientos despojos de los rebeldes. A pesar de este escarmiento para aterrar á los alpujarreños, continuó la sublevacion, y el mismo rey Fernando el Católico con un poderoso ejército, tuvo que entrar en las Alpujarras tomádoles la orgullosa Lanjaron, plaza casi inespugnable, mientras los generales se apoderaban sucesivamente de otras plazas, imponiendo á los rebeldes terribles castigos.

Asustados y desanimados los habitantes de otras partes de las Alpujarras, se rindieron sucesivamente en el trascurso del año 1500, y fueron tratados con dulzura por el Rey Católico. Tuvieron, sin embargo, que entregar sus armas y sus plazas fuertes y pagar bajo el nombre de *farda* una enorme contribucion de guerra. Se confiscaron á favor de las iglesias las rentas y propiedades de las mezquitas y se sometió á los moros á las mismas contribuciones que pagaban los castellanos y de que se hallaban exentos por la capitulacion de Granada. Se les obligó á recibir misioneros cristianos, empero á ninguno se forzó á recibir el bautismo, por respeto sin duda á la carta real que